O R A C I O N I N A U G U R A L

QUE EN LA APERTURA DE LOS ESTUDIOS DEL COLEGIO GUADALUPANO JOSEFINO SANLUISENSE PRONUNCIO EL DR. D. MANUEL MARIA DE GORRIÑO Y ARDUENGO, ACTUAL DIPUTADO DE LA LEGISLATURA CONSTITUYENTE DE AQUEL ESTADO, Y RECTOR DEL PRECITADO COLEGIO, A 2 DE JUNIO DE 1826.

----------o-o-o-o----------

Querría yo (oh ilustres conciudadanos) quisiera tener hoy aquellos dotes oratorios, con que los célebres Juan Vicente Gravina, Marco Antonio Mureto y Lago Marcín, brillaron en esta clase de composiciones inaugurales. Los estudios de Roma, de Florencia y de Bolonia, al abrir sus aulas oyeron con admiración á estos elocuentes oradores académicos; mas yo ahora constituído en igual caso que aquéllos quedaré contento si pudiere seguir sus huellas como el humilde girasol la brillante carrera del luminoso astro del día. Aquellos oradores hablaron en el idioma del antiguo Lacio, y yo por ser entendido de todos mis compatriotas hablaré ahora en el idioma del país como lo hicieron Cicerón en Roma, Demóstenes en Atenas, y el Legislador del pueblo santo á los hebreos; pero sin la elocuente gallardía de éstos, y sí á la manera que grazna un triste y desentonado buho. Tal será mi decir en esta ocación.

Más no comenzaré !oh Dios escondido, Dios de nuestros templos y víctima de sus aras! sin prosternarme humilde ante ellas de tí las luces de tu sabiduría eterna, que puedes verter sobre mí, como te lo suplico, para hablar con acierto en el asunto que comienzo ya.

Ciudadanos: ved aquí presentes los tiernos pimpollos de los jardines de la patria; tales son estos jóvenes que van á componer desde este día el nuevo Seminario Guadalupano-Josefino. Estas son mis riquezas, os dice la misma patria, como la romana Cornelia expresó á otra matrona de Roma que antes le había manifestado sus preciosas joyas, al presentarle las suyas que consistían sólo en sus hijos los Gracos, que un día debían ser el precio y los héroes promotores de la libertad de sus compatriotas. No las riquezas de las minas de este estado potosiense, no la abundancia de sus pastos, provisiones y ganados, no otros muchos elementos que con la industria y el trabajo pueden hacerlo uno de los más prósperos de nuestra federación, ni la benignidad de su suelo, ni en fin otros muchos dones de que lo dotó el sabio y omnipotente Autor de la naturaleza forman sus tesoros; sino la tierna juventud

de esta amante patria, como alguna vez llamaron los griegos a la-
suya. Luego que nuestro gobierno comenzó á promover esta nueva -
institución tal útil y benéfica á la misma juventud del Estado, -
una voz general que resonó por todos sus ángulos, exclamó con los
acentos de la más pura alegría, y del mayor entusiásmo, !Ah! ya -
amanece el día de la común ilustración nuestra y la de nuestros -
hijos... Pero señores, prestadme hoy vuestra generosa atención -
para exponer el plan, los estudios, régimen y circunstancias en -
que este nuevo instituto se instala por ahora, mientras otros au-
xilios más abundantes pueden secundar mejor un establecimiento --
tan útil y necesario como el presente.

El gobierno del Estado con unas solicitudes indecibles, con-
una constancia incansable, levantó por un modo casi mágico este -
pequeño cuerpo, que debe ser nutrido con los jugos más saludables
de la virtud y de la ciencia, y que después de no muy largos días
presentará al Estado los ópimos frutos de sus fatigas y desvelos-
en unos jóvenes, que dedicados al estudio de las ciencias serán -
útiles a ellas y á las artes por el conocimiento de la física-ma-
temática, al foro por el de la lógica y de las leyes, y á la reli
gión por el de sus dogmas y por el de una moral sublime e ilustra
da de los mejores fanales de la misma religión, y aún de la natu-
raleza, que como obra del mismo Autor se conviene muy bien con la
moral teológica, sino es la misma aunque menos ilustrada.

La razón sola sin otro auxilio inspira á los hombres el de--
seo de cultivar las artes y ciencias para conseguir por medio de-
ellas aquellos conocimientos que contribuyen á hacer menos penoso
más cómodo y más suave el trabajoso curso de los días de nuestra-
miserable habitación en la tierra; y así es que vemos a Adán su-
señor empuñar la azada para cultivarla, á Tubalcáin trabajar en -
las obras de los metales, á los primeros patriarcas apacentar sus
ganados, á los caldeos y asirios observar el curso de los astros,
y á los egipcios discernir por las medidas geométricas las pose--
siones rurales que anualmente se confundían con las inundaciones-
del Nilo.

Pero ciudadanos: suspended el juicio anticipado que suele ha
cerse de las cosas por la significación errónea que se da á veces
á algunas palabras que ni son sinónimas entre sí. De aquí dimaña
que á la religión se llama con frecuencia fanatismo, moral ilus--
trada al desenfreno, libertad al insolente desprecio de las leyes
más sagradas, tanto patrias como divinas, sin cuya observancia no
puede haber libertad, religión, sociedad, orden ni otros muchos -
bienes que son las bases de la felicidad pública y privada de las
asociaciones aun domésticas, ni de cada hombre individualmente. -
Así que si no os dejáis arrastrar del rápido torrente del corrup-
to sentido de las voces, sino de su genuina y natural significa--
ción, veréis claramente: que las luces naturales suponen las divi
nas: que éstas purifican aquellas y las hacen más brillantes: que

la ciencia como la naturaleza toda, son obras de Dios: que los hombres en su estudio no la crearon, sino que la descubrieron y toman para sí, como por el trabajo y la industria se saca el oro de las entrañas de los montes, se producen los árboles y frutos de la tierra, y así también se conocen el movimiento, combinación y fenómenos de los astros, la naturaleza, fuerza y uso de los elementos, las medidas, peso, número y enlace de toda la asombrosa obra de la Creación física, y de todo lo cual ha resultado la ciencia de los seres materiales, la aritmética, la astronomía, y las matemáticas, que con sus conocimientos y experiencias hacen más fácil el uso de muchas cosas útiles y aún necesarias para la vida. Las ciencias ¿quién duda que lo sacan de la clase del salvaje en que muchos yacen por su ignorancia y por sus vicios que á veces los confunden como brutos? de que resulta que la mala lógica de algunos razonadores malignos é incrédulos, han querido alguna vez equivocar al hombre con el oranggutang, con el castor, con el perro, y aun hacer superiores á estos brutos al señor de ellos. El hombre de unas opiniones erróneas, es en cuanto á el alma que lo distingue de los animales, una emanación sublime de aquella Suprema inteligencia que formó á este ser racional de tal naturaleza, que aunque tiene algo de todas las criaturas, pues ecsiste como las piedras, vive como las plantas, siente como los animales; pero su alma es poco inferior á los ángeles en naturaleza, y es de mucho más valor que el oro, que las piedras preciosas, y que cuantas riquezas pueden desearse en la tierra. Por tanto, el hombre formado de cuerpo y alma es un microscomo, ó un mundo abreviado y simbólico, que como tal tiene unas relaciones muy directas y estrechas con el mundo físico y aún con el metafísico. He aquí el anverso de una medalla que grabó el sincel omnipotente del Criador, y que es como el compendio de todas las ciencias naturales, y si la volvemos por el reverso se observará en ella al mundo metafísico, que el hombre tiene que estudiar si quiere conocer su ciencia, á Dios, á sí mismo, y no aspirar á ser un semisabio de aquellos cuya noticia de las cosas trunca, diminuta y desfigurada, los pone acaso de peor condición que el que sigue sin oponerse la luz del raciocinio natural, que aun no está corrompido con los errores y práctica de los vicios, en que precipitan al hombre las pasiones desenfrenadas.

En efecto, este mundo metafísico le presenta unos objetos muy interesantes, y tanto que si no los estudia con una aplicación muy intensa y cuidadosa ignoraría qué es él mismo, qué debe á su autor y qué á sus semejantes; de donde viene, á donde va, cuántos días ha de estar en esta vida del tiempo, por qué leyes se ha de gobernar en ella para aspirar á la última eterna: océano insondable en el que van á inundarse todos los momentos, las horas, los días, los años, que componen el tiempo ya pasado y los siglos ignorados que aun puede durar el mundo.

Una teología sublime y que emane de sus puras y legítimas fuentes, una metafísica que aun por principios de razón natural conozca

lo que con sólo ella y con las luces que difundió el Criador sobre todos los objetos conocieron los gentiles como los Sócrates, los Platones, los Epitectos, los Sénecas, los Tulios, y otros que hablaron tan asombrosamente de la deidad, de la religión, de la moral sana, aun en tiempo de la oscura noche del paganismo: una física observadora diligente de la naturaleza, y que descubra sus fenómenos por el análisis de las cosas hasta llegar á demostrarlas por medio de los conocimientos químicos y matemáticos, sin los que Platón prohibía á todos entrar en la academia: una retórica que como la del ilustre Hugo Blair enseñando las reglas del discurso, haga también gustar el dulce néctar de las bellas letras, que sazonan y endulzan las ciencias más áridas y que hacen las primeras delicias de la juventud; el estudio del idioma depositario de los encantos de cuanto escribió el divino Publio Marón, del lenguaje puro y acrisolado que usó César en sus comentarios y en el que el gran Cicerón habló en Roma donde fué aclamado por el padre de la elocuencia..... Pero yo me desencamino, señores arrebatado del encanto que producen en el alma las ciencias cuando se las quiere describir por su esencia, y por sus elevados objetos: baste por ahora haberos presentado un diseño, aunque tosco, de las que enseñarán desde luego en nuestro reciente y tierno Seminario Guadalupano-Josefino.

En suma compatriotas, tengo el honor de presentarme hoy delante de vosotros á la cabeza de un espectáculo muy interesante á vuestro amor patrio, y que no han visto hasta ahora en esta ciudad, ni vuestros ojos ni los de vuestros abuelos de cinco generaciones acá, las que en dos siglos y casi medio han habitado este país que fué antes de las naciones chichimeca y guachilana. He aquí pues el digno espectáculo que os ofrece un puñado de jóvenes que van á ser educados, si no ya por las severas proscripciones de Licurgo y de Solón, como los hijos de Esparta y de Atenas, si no por el plan ilustrado del moderno Chaptal, bajo el que se erigió el nuevo Instituto de París en tiempo de Napoleón, á lo menos serán instruídos por el mejor modo posible, y conforme á los escasos medios con que hoy cuenta esta nueva institución. A pesar de su pobre cuna, se espera con fundamento que ella ofrecerá dentro de muy pocos años á la cara patria, ministros dignos de su religión, ciudadanos útiles para su servicio, jurisconsultos sabios en el desempeño del foro, militares impávidos para su defensa, jueces incorruptos que administren justicia al pueblo según sus leyes, y por fin hombres ilustrados que hagan renacer los talentos y sabiduría de muchos sanluisienses como los Azpeitias, Clavijos y Salinas, que han sido el honor de la toga en México y Guadalajara; de los Pimentel, que con sus letras y afanes brilló en las cátedras y fundó casi sin auxilio el gran convento de Religiosas Mónicas del mismo Guadalajara, de los Eguía Muro, que gobernó la mitra de Nuevo-León; de los Jove y Pio Muro, que por tanto tiempo presidieron el proto-medicato mexicano; de los Vibero, que ocupó las sillas más honoríficas del coro de la Catedral de Monterrey, y otros muchos sabios jurisconsul-